

— No te preocupes solamente de la dignidad. Si oficias de Bartolo para con tu madre, se van á reir de ti; y si te eriges en tirano de drama, ¡ serás odioso! Tu madre tiene el derecho de atormentarte, mientras que tú no tienes el derecho de atormentar á tu madre. Fíjate, primeramente, en todas las habladurías que van á rodar por el arroyo; ¡ qué hallazgo para ese mundo murmurador que no tiene de qué ocuparse! ¡ Y los diarios! ¡ Ay, amigo mío! Ya me parece ver los epígrafes con letras gordas: « ¡ Un escándalo muy parisino! » — « ¡ Un hijo desnaturalizado! » — « ¡ Una madre martirizada por su hijo!... » ¡ Y el *chantage*, y la injuria y el deshonor!... Ten cuidado, Hiénard; tú no sabes lo que arriesgas...

— Lo sé muy bien; y si estuviese seguro de detener á mi madre en la pendiente en que está colocada, no dudaría ni un momento, aun á trueque de arrostrar todos esos tormentos y esos escándalos que me profetizas... Pero, ¿ venceré? Ya he sido derrotado. Me fué preciso replegarme delante del enemigo y dejarle al vencedor el campo libre. Antes de tomar ninguna resolución necesito ver á mi madre, hablar con ella. Después sabré lo que tengo que decidir. Y, sea lo que fuere, no vacilaré.

— Entonces, vamos á acostarnos.

Los dos amigos se dieron la mano y regresaron á Trouville, caminando en medio del silencio de la noche dulce y clara, y bajo el silencio del cielo estrellado.

VII

Á eso de las once estaba paseándose Hiénard por la azotea de la Villa, caminando lentamente y aspirando el intenso perfume de los rosales, cuando la duquesa abrió la puerta-ventana de un saloncito y apareció vestida de blanco, como una niña; fresca, tranquila, radiante, llamando á su hijo con su voz clara:

— ¡ Juan, Juan, puedes venir!...

Tenía entre sus dedos una brizna de heliotropo que acababa de coger en una jardinera, y que respiraba voluptuosamente entre sus labios entreabiertos, con aire de placer. Juan la miraba desde lejos, conforme iba acercándose á ella y sin perder ningún detalle de aquella gracia y de aquella belleza que la hacían tan seductora; viéndola tal como la naturaleza la había conservado, cual si hubiese empleado con ella un cuidado especial, haciéndola para el amor, puesto que todavía era capaz de inspirarlo. En todo esto pensaba mientras avanzaba, comprendiendo que aquella extraordinaria vitalidad y aquella plenitud de encantos justificaban, en cierto modo,

la conducta de su madre, impidiéndola comprender la censura que él quería dirigirle acerca de sus hábitos y de sus sentimientos. Aquella mujer encantadora, para responderle, no tenía más que llevarle delante de un espejo y decirle: « Mírame. Soy tan joven como tú; no soy tu madre, soy tu hermana. Sirvete de tus ojos únicamente y después que hayas visto, juzga. » ¿ Y qué hubiera podido él contestar que no fuese en nombre de la moral, de las costumbres y de las conveniencias sociales, que exigían de ella el sacrificio de no comprometerse; y cómo explicar todo aquello sin lastimarla en su amor propio de mujer bonita y en su dignidad de madre ?

Él había meditado mucho en su situación, pero nunca le pareció tan difícil como en aquel instante preciso en que se hallaba delante de la mujer á quien pretendía criticar y convencer, y que se ofrecía tan poco criticable con su apostura soberana, y tan poco razonadora con sus ojos llenos de voluptuosidad y sus labios de caricias. Acercóse á la duquesa presa de un malestar sombrío, besó la mano que le tendió y entró tras ella en el salón. Ella no pareció apercibirse de su mal humor, y dijo sentándose y preparando las agujas, crochés, lanas, sedas y demás fruslerías de su trabajo :

— ¿ Cómo concluiste ayer la noche ?

— Paseándome con Devienne.

— ¿ No viste la representación ?

— No, madre mía; la encontré insoportable.

— Es cierto. Á todos esos artistas se les puede sufrir en París porque no hay otra cosa que hacer... Pero aquí...

— Aquí inspiran el hastío de la vida.

— No tanto

— Es verdad, — dijo Hiénard con amargura; — me olvidaba de que usted encuentra la vida hermosa y que la practica....

— Ya lo creo, me parece hermosa y la practico. ¿ Me reprendes por eso ?

La cuestión se había presentado por sí misma. Hubiérase creído que tanto la duquesa como su hijo deseaban tener una discusión decisiva, y liquidar, de una vez para siempre, todas las diferencias y rencillas que los separaban. Hiénard miró á su madre, sorprendido de aquella respuesta tan atrevida; y la encontró tranquila, sonriente, como si no temiese nada. No observaba la actitud de la persona que se dispone á sostener un debate serio; seguramente había hablado sin segunda intención, pero el momento era demasiado favorable para que Hiénard no lo aprovechase, y repuso :

— Si tiene usted que temer alguna reprensión, madre, no será ciertamente la mía.

Al oír estas palabras que envolvían una alusión fortísima, la duquesa tembló, y contestó sin atreverse á mirar á su hijo :

— ¿Y de quién, pues?

Él replicó tristemente:

— Usted debe saberlo mejor que yo.

Entonces ella tuvo una palpitación violenta y, sintiéndose incapaz de contenerse, exclamó con los labios temblorosos y los ojos húmedos:

— ¿Qué te han dicho? ¿Qué nueva calumnia han inventado para separarnos?

— Nada me han dicho, madre mía. Usted no ha sido calumniada. ¡Ay de mí!... Hace mucho tiempo que estamos separados, usted bien lo sabe: y sufro horriblemente al advertir que las razones que justificaron nuestra separación son ahora más poderosas que nunca.

Ella lanzó un grito:

— ¡Juan!

Y la intensidad de su angustia hizo palidecer su semblante. Emocionado Hiénard, á despecho de todo, por aquel sufrimiento, no pudo disimular un gesto de desesperación:

— Yo deseaba, madre mía, confesarme con usted, abrirle mi corazón, invocando su bondad, pero veo que á cada nueva frase vamos á desgarrarnos mutuamente.... Dejémoslo; esto, tal vez, sea lo más prudente y lo más digno.... Yo me iré lejos. Viva usted á su gusto, que no volverá á oír hablar de su hijo.

— ¡No quiero! ¿Pero qué estás diciendo ahí?

¡Yo te amo! ¿Por qué eres tan rudo, tan severo? ¿No sabrás apartarte de lo que no debes ver? ¿Están los hijos para juzgar á sus madres?

— ¡No, y esa es mi mayor pesadumbre! Hago mal, censurándola á usted. ¿Pero puedo obrar de otro modo? Yo no soy más que un hombre sometido á las costumbres, á las tradiciones, á los prejuicios, si usted quiere, de los demás hombres. Yo veo y comprendo, y usted me aconseja que no vea y que no comprenda. ¡Ah, si pudiese hacerlo! Si pudiese acallar mi conciencia, como tantos otros, y doblegar mis repugnancias á mi interés, dejaría que usted me colmase de halagos y de mercedes y viviría en su ambiente desmoralizador, pero tranquilo, feliz.... Mas para ello, madre mía, sería necesario empezar arrancándome el alma. ¡Y eso es imposible! No quiero asistir á lo que ocurre en esta casa, porque la amo á usted; y no quiero oír lo que se murmura de usted, porque anhelo respetarla. La única prueba que puedo darle, madre mía, de mi deferencia y de mi ternura, es marcharme. No me detenga usted.

La duquesa, cohibida por la explosión de aquella pesadumbre tan sincera, permanecía delante de su hijo fría y temblorosa. Al fin, pudo decir:

— ¡Dios mío! ¿Pero de qué delito tan terrible me acusas?

— Usted bien lo sabe.

— Una afección que te parece reprehensible, pero tan sincera, tan profunda, tan dulce... ¡ Ah, deja que te explique, resignate á oirme!...

— ¡ Por piedad, no me diga usted nada !

— ¿ Tan culpable soy al querer ?

Juan bajó la cabeza sin contestar como resuelto á no entender lo que su madre le decía. Ella continuó hablando tímidamente, vacilando, y su voz era tan triste y tan acariciadora, que Hiénard se sintió conmovido :

— Mira, querido hijo mío, mi mayor desgracia consiste en ser tan apasionada y necesitar siempre de un rayo de ternura para poder vivir. Si no tengo á quien consagrarme, á quien unirme, si no tengo la suerte de levantarme por las mañanas con una esperanza, y de dormirme por las noches con el encanto de un recuerdo, mi vida habría concluído, falta de placer. Necesito tener ocupado el corazón. La ausencia de sentimiento sería, para mí, la pérdida de todo. Lo deploro y me acuso de ello, pero así es y no puedo remediarlo. Por eso te pedía, hace un momento, que fueses indulgente con mi debilidad. Soy una pobre mujer que no puede obligar á su corazón á ser frío y calmoso, y que suplica le perdonen el delito de ser muy joven, cuando preferiría ser una juiciosa anciana de cabellos blancos. Reflexiona, Juanito mío; todo eso es mío y yo no puedo engañar á la naturaleza, que sin duda me hizo tal y

como soy para ofrecer alguna disculpa á mi ligereza y poco juicio. Perdóname, si te hago sufrir; no seas inflexible conmigo, porque me martirizas y no merezco ser reprendida con tanta dureza. ¡ Oh! ya sé que hago mal y que debería proceder de otro modo, pero es tan cruel, tan duro, renunciar á cuanto constituye mi felicidad. Juan, Juanito mío, no me mires con ese semblante tan sombrío: sé bueno, sé débil, para con tu madre... Nada hay tan delicioso como la debilidad, créeme; no hay placer comparable al ceder y doblegarse á los seres amados. Acepta, chiquito mío, mis razones, no seas rigoroso, no vivas en otro siglo. Estamos en una época tolerante, en la cual nadie practica la rigidez de los buenos principios. Con tal de que las apariencias estén bien guardadas, ¿ quién tiene derecho á quejarse? Yo haré todo lo posible para que tú no me reproches nada. Adoptaré todas las precauciones imaginables; pero no me cierres tu corazón, que es mío. ¿ Me lo prometes? ¿ Serás benévolo, sensible y generoso? ¡ Oh! sí, lo adivino en tu mirada.... Cederás y renunciarás á vengarte del hombre que yo amo... ¡ Oh, Juan!.... ¿ No es cierto?... ¿ Tu no serás un enemigo de quien me quiere?....

Se había acercado á su hijo y poco á poco le fué estrechando en el lazo de sus brazos acariciadores. Hiénard sentía que su resistencia declinaba, y las palabras que ella murmuraba en su oído, afectuosas

y humildes á la vez, le iban concatenando suavemente el pensamiento; y la dejaba accionar y defenderse, con aquella elocuencia persuasiva que empezaba á imponérsele. Después de todo, ¿á qué venía aquella actitud iracunda para con una madre tan sensible y tan buena? ¿No procedía él malamente al pretender encarrilarla y dominarla?

Mientras la duquesa habló de sí misma, Hiénard estuvo preso en el encanto de sus palabras: admiraba su gracia, su debilidad, su franqueza, y se hallaba propicio á perdonársele todo. Pero ella tuvo la imprudencia ó la sinceridad de aludir á aquel de quien creía ser amada, y en un instante perdió todo el fruto de sus hábiles ruegos. Evocó á Prédalgonde con su altanero continente de bellaco dispuesto á todas las aventuras, é instantáneamente huyeron las debilidades de Juan; apareció otra vez el hijo, tal como se presentó al principio de la entrevista, con la certidumbre del peligro que corría su madre y su resolución de mostrárselo. Y se aprestó á responder con firmeza á los argumentos insinuantes y apasionados de ella.

En aquel momento la duquesa le miraba angustiada, porque acababa de leer los pensamientos que sombreaban el movible y expresivo semblante de Juan, y no era ciertamente un sentimiento compasivo el que contrajo súbitamente las arrugas duras y enérgicas de su frente. Allí había odio y cólera. Quiso

hacer un último esfuerzo para reconquistar aquel corazón que se le escapaba, y gritó:

— Quédate, Juan, reflexiona, permíteme que te convenza...

Él se irguió y zafándose de los brazos cariñosos que procuraban retenerle,

— ¡Ah, madre mía! Por usted juro hacer todo lo que sea humanamente posible. Pero por el otro... ¡el otro!... ¡Oh! ha hecho usted mal en hablarme de él, creyendo que yo podría soportarle. ¡Jamás! entiéndalo usted bien: ¡ese hombre, nunca! Yo, ¿consentir que la corteje á usted un individuo semejante, después de lo que he oído referir de él, después de lo que yo mismo he visto?... Vamos, madre mía, vuelva usted en sí, reflexione y oiga la voz de su razón... ¡Comprenda que eso es imposible!

— ¿Pero, qué ha hecho, pues? Le tratas como si fuese el último de los miserables.

— Pregúnteselo usted á sus amigos.

— Pero si todos le reciben, le llaman, le agasajan...

— ¡Cobardía inmundada, bajeza y abyecta complacencia mundana!

— ¿Y tú, que pretendes haber visto algo, qué has visto?

Hiénard palideció, sus ojos centellearon y apretó los dientes convulsivamente: permaneció indeciso unos momentos y luego repuso en voz muy baja:

— Le he visto engalanado con vuestros regalos.

Esas perlas que usted me ofreció, y que yo no quise, las luce él. ¿Qué hombre admite de una mujer un regalo semejante? Eso solo bastaría á legitimar cuanto de malo se murmura de él. ¿Qué confianza puedo tener en ese brillante vividor cuya única renta, según declaran sus mismos amigos, es el juego? Desde luego es un caballero de industria, un tahir, ¡tal vez algo peor! Y para un hombre así me pide usted indulgencia... ¡Un poco más, y me pide usted amistad! Un aventurero de alto vuelo que viene, nadie sabe de dónde, y que va, á donde no puede decirse, y cuyo nombre es, seguramente, de contrabando, y su título de pacotilla. El mundo alegre le ha acogido con los brazos abiertos. Si su familia fuese conocida y su conducta intachable, probablemente le habrían recibido mal. Ese todo París enloquecido, que se cree nata y flor de la elegancia, árbitro del talento y dispensador de la notoriedad, sólo tiene predilección por lo vergonzoso y lo impuro. Prefiere un petardista á un buen francés, un pillito á un hombre honrado, y un imbécil á un hombre de genio. No respeta más que al dinero, venga de donde viniere y por sucio que esté: ese es su talismán soberano, y comprende y disculpa que por adquirirlo se cometan las bajezas más grandes y las infamias mayores. Usted misma me lo decía hace un momento: con tal que las apariencias se respeten, ¿qué importa lo demás? Se es caballero de cualquier

manera, y provisto de un nombre sonoro, se engaña en el juego para sostener su lujo, se aceptan los regalos del amor porque valen, y merced á estos engaños y á estas villanías se consigue, al fin, ser proclamado, ¡Rey de París!... ¿Qué más?... Para que á un tan brillante soberano no le falte la posición civil que necesita, ¿sabe usted lo que se proyecta? Pues un matrimonio entre una mujer extraordinariamente rica y ese héroe de la galantería. Las ternuras tienen un fin, la seducción es un medio, el amor una operación que tiende á la captura de una gran fortuna. ¿Empieza usted á comprender, madre mía, ó es preciso que continúe aún? Eso es lo que he visto y lo que he oído desde que estoy aquí. ¡Sépalo usted, puesto que me ha obligado á olvidar mi respeto y mi cariño, y á sufrir el dolor de decírselo!

La duquesa, estupefacta, escuchaba la horrible confesión de su hijo. No hizo un gesto ni pronunció una palabra para interrumpirle: le dejó proseguir hasta el fin y después se levantó tranquilamente y abrió la ventana, respiró durante algunos segundos la fresca brisa que venía del mar, volvió á cerrar como para que no se escapase ninguna de las palabras pronunciadas en la terrible entrevista, y tornó á sentarse. Parecía serena y una leve sonrisa de confianza jugueteaba en su bonita boca. Después dijo con acento natural, como si se tratase de un asunto en el cual no tuviera interesado el corazón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. * 3 * 111A

"ALFONSO RIVERA"

1960. 1625 MONTREY, MEXICO

— Ignoro quién sea el que te ha informado, pero todo lo que acabas de decirme es un cúmulo de absurdos. No sabes de lo que hablas. Los excesos de tu oratoria me han tranquilizado, y te has engañado si creíste inquietarme ó colmarme de horror. Ahora, como antes, pienso del mismo modo acerca del señor de Prédalgonde. Es inútil que discuta contigo; ¿qué adelantaría sosteniéndote que es el más honrado de los hombres? Atribuirías mis aseveraciones á mi ceguedad. Pero supondrás, no obstante, que debo conocer algo á un hombre á quien trato diariamente desde hace un año, y que ha vivido francamente en medio de mis amigos. Todo cuanto me has dicho lo he oído repetir en diferentes ocasiones. Me lo han escrito en anónimos, y sé lo que todo eso significa. Celos innobles de rivales eclipsados, envidia furiosa de medianías desesperanzadas, rabia impotente contra una superioridad incontestable. ¿Y, cómo?... ¿Eres tú, Juan, quien va á hacerse eco de esas calumnias, sin vacilar entre mis aseveraciones y las habladurías de ese mundo que calificas tan severamente? Crees en extraños que desprecias y permaneces insensible y sordo á la voz de tu madre. Le reprochas al señor de Prédalgonde haber aceptado un recuerdo que ni para él ni para mí tiene valor, una fruslería, una verdadera nimiedad, como las que se reparten á los amigos y convidados en los *christmas* americanos... La verdad es, querido mío, que tu acceso

de misantropía y tus imprecaciones contra la sociedad, son desproporcionados y extemporáneos. ¿Por qué ese arranque de acrimonia á propósito de una botonadura de perlas?... ¡Y todo ese fárrago de lugares comunes relativos á la corrupción, y esos pronósticos siniestros y esas historietas ridículas?... Hablemos seriamente : ¿tú crees que yo pienso casarme con el señor de Prédalgonde? ¡No! Tranquilízate. No se trata de un fin tan burgués. Ni él ni yo nos preparamos para eso. Pero tú, si reflexionases un poco y tu puritanismo no estuviera reñido con la lógica, debías desear ese matrimonio, pues sería el medio de regularizar una situación que criticas y que te ofende, y este vínculo legal mejor merecía tus elogios que tu crítica. Pero tú estás prevenido en contra mía no sé por quién, y censuras desde luego y sin razón ninguna, cuanto yo hago. ¡Ay! Esas son la intolerancia y la dureza á que me has acostumbrado desde hace mucho tiempo y que tanto me han hecho sufrir. Nada ha cambiado entre nosotros. Es decir, me engaño : antes eras un extraño para mí; ahora veo que te conviertes en un enemigo. Las palabras que pronunciaste hace un momento, rebosaban odio. Porque, sábelo bien : odiar á quien yo amo, es odiarme á mí. Me has dirigido grandes reproches que yo puedo devolverte. ¿No es tu alejamiento el que me obligó á buscar por ahí las afecciones que tú me negabas? ¿Quién

hubiera podido reemplazarte si hubieses vivido á mi lado? Tú debiste disputarme á mí misma, y no lo has hecho. Sediento de independenciam, en vez de vivir como las personas de tu rango y de tu condición, te trasplantaste en medio de obreros, de bohemios y de sectarios, y adquirido opiniones que tu educación rechazaba, y adoptado un modo de vivir incompatible con tus antiguas costumbres. Tú, rico y bien nacido, te consagraste á la medianía y has jugado al proletariado. Eso era tan odioso como ridículo, y tendía, nada menos, que á lanzar sobre mí el menosprecio. Yo todo lo he soportado, todo lo he sufrido con paciencia: tus aires de comunal y tus propósitos de pobreza, toda tu comedia burlesca de aristócrata emplebeyecido. Y, cuando cansada de lo muchísimo que me has hecho sufrir, te recibo con los brazos abiertos olvidando tus despropósitos y tu mal proceder, resulta que te atreves á juzgarme duramente, en virtud de una fruslería sentimental. Yo creo, hijo mío, que te has extralimitado. Soy una buena madre, pero también soy mujer y tengo mis susceptibilidades. Tú has expuesto tus condiciones: he aquí las mías: renunciarás á tus fanfarronadas y á tus amenazas, y respetarás á mis amigos como á mí misma: de lo contrario, comprenderás que nuestra separación, que antes te pareció agradable, sería ahora necesaria. De nada te han servido ni mis razones, ni mis súplicas. Y basta con lo dicho

La duquesa se había ido animando poco á poco. Al principio de su perorata estuvo fría é irónica, pero luego se caldeó con todos los ardores de su pasión amenazada. Á su memoria acudían en revuelto tropel los recuerdos de sus desilusiones maternas, y ante la actitud de su hijo que la recriminaba, se interrogaba á sí misma, inquieta, hallando su delito muy excusable; una nimiedad, como ella decía. Y para Elisa, que veía á Prédalgonde hermoso, joven, engalanado con todos los dones del espíritu y del corazón, sin abrigar sospechas acerca de los misterios de su vida, cegada por un amor al cual su vejez inminente prestaba nuevos encantos, puesto que aquel, probablemente, sería el último, luchaba contra su hijo y contra sí misma, dispuesta á todo por defender y conservar aquel placer postrero. Hiénard, profundamente emocionado ante aquella amarga respuesta, bajó la cabeza tristemente.

— Tiene usted razón, madre mía, — dijo — y una de las mayores desgracias que puede sufrir un hijo, es la de pronunciar las palabras que acaba usted de oír. Crea usted que, al hablar así, sólo he pensado en su bien. No la he convencido á usted; ahí está mi falta. No debí exponerme á cometerla, debí marcharme sin decir nada: eso era lo más fácil. Soy un bohemio, usted lo ha dicho. Debí irme buenamente, diciendo que tenía la nostalgia de Montmartre, y dejarla á usted disfrutando de su vida, sin entreme-

terme á censurarla. Pero las palabras definitivas han sido pronunciadas y son irremediables. Aceptemos, pues, sus consecuencias aunque nos separen para siempre. He estropeado sus ilusiones y eso usted no me lo perdona. Hace usted bien. En tanto duren, me juzgará usted severamente; pero el día en que las haya usted perdido, comprenderá cuánta solicitud y cuánto cariño se ocultaban bajo las rudas apariencias de mi lenguaje. De todos modos, acuérdesse usted de esto. Yo no me desentiendo de usted, como usted me aconseja; soy su hijo, y en este concepto tengo derechos que nadie puede quitarme. Si alguna vez tengo una prueba de que vuestra seguridad está amenazada por los manejos que se preparan y que le he indicado, esté usted segura de que entonces intervendré, suceda lo que quiera. Viva usted, por tanto, libre y dichosa, madre mía, eso es lo único que deseo de todo corazón.

Sacó de su cartera la letra de crédito, que la duquesa le había dado la víspera por valor de ciento cincuenta mil francos, y la colocó sobre la mesa.

— He aquí el dinero que me regaló usted ayer, — dijo; — se lo devuelvo. Hice mal en dirigirme á usted; era una cobardía que deploro y que enmiendo.

— ¡ Pero tú necesitas esa cantidad ! — gritó la duquesa; — ¿ cómo vas á arreglártelas ?...

— Trabajaré. Hasta aquí he desdeñado al arte que

se vende; era un residuo de orgullo aristocrático. Pero comprendo que debo practicarlo puesto que sólo tengo doce mil francos de renta en esta comedia de la miseria que represento. Tiene usted mucha razón, madre mía, soy un pobrecillo que no puede echárselas de hombre adinerado y superior. Soy uno de tantos.

— ¿ Juan, supongo que no me harás la ofensa de rechazar este dinero? Yo no podría vivir en el lujo sabiendo que tú estabas en la pobreza....

Él, furioso, hizo pedazos la letra y la arrojó al suelo

— Guarde usted su dinero, madre mía, guárdelo usted. Ya lo necesitará usted para el señor de Prédalgonde.

Palpitante y aterrorizada ante aquella violencia, la duquesa extendió hacia su hijo sus manos suplicantes :

— ¿ Juan, es posible? ¿ Eres tú, tú, el que me dice eso? ¿ Y esas palabras espantosas son las que pronuncias después de esta entrevista cruel? Hijo querido.... dime algo y lo olvido todo, todo eso que tú mismo debes estar arrepentido de haber dicho.... Un gesto de cariño y todo ha concluido.... Juan, considera lo que sufro.... Me has desgarrado el corazón.... Estoy llorando.... No te vayas así.... Presiento que si te vas ahora, no he de volver á verte.... ¿ Qué haré para que te quedes y para que me ames ?...

— Usted lo sabe.

— ¡Cómo!... ¿Necesito sacrificar la mitad de mi corazón para salvar la otra?

— Madre mía, es preciso escoger entre un extraño y vuestro hijo. Ó el señor de Prédalgonde sale de aquí para siempre, ó soy yo quien se va, para no volver.

La madre se detuvo enloquecida delante de su hijo. Juan comprendió que tal vez le bastaría atormentar un poco más á aquel pobre espíritu enamorado para rendirlo á todo su talante, pero se detuvo acobardado ante el intenso y largo dolor que iba á causar. En un momento vió la grave responsabilidad que caería sobre él, todas las tristezas, todas las lágrimas que derramaría la duquesa al romper con su hermoso pasado y renunciar á todos sus placeres, á todos sus triunfos....

Y no se atrevió á esclavizarla pronunciando la palabra imperativa que quizá hubiese cambiado, en aquel instante supremo, todas las resoluciones de su madre. Esperó á que ella hablase; pero Elisa, rendida, sin fuerzas para resignarse, comprendiendo que hacía mal en no seguir los consejos de su hijo, enloquecida ante la idea de renunciar al hombre amado, ocultó la cara entre sus manos y rompió á llorar, sin responder.

Juan la contempló unos momentos, esperando un chispazo de energía y de razón. La vió inmóvil y sí

lenciosa, y entonces, sin querer prolongar la lucha, lanzó un suspiro y salió.

En el patio se encontró con Fermín, que volvía de la portería con la correspondencia y los periódicos que acababan de traer, y le recomendó que le enviase á París las cartas que vinieran para él.

— ¡Cómo, señorito Juan! — exclamó el fiel criado; — ¿se va usted?

— Sí, mi buen Fermín, y le agradecería á usted que enviase mi maleta á la estación, para evitarme el trabajo de venir á buscarla....

— ¿Entonces el señorito Juan no vendrá á almorzar?

— No, no; un amigo me espera. Ya me he despedido de la señora duquesa.... Todo está arreglado....

Sacó de su cartera un billete de cien francos y se lo dió al mayordomo:

— Tome usted, Fermín, — dijo; — y distribúyalo entre los criados....

El buen hombre hizo un gesto de sorpresa.

— ¡Oh, señorito Juan! El hijo de la casa.... Darle una gratificación á los criados... como un extraño.

— Sí, Fermín, — repuso Hiénard dulcemente: — como un extraño.

Despidióse con una cariñosa inclinación de cabeza y salió, dejando al pobre viejo consternado. Caminaba con paso ligero; había tomado su resolución y

se sentía con el ánimo más aliviado; el peso que gravitó sobre él en las últimas veinticuatro horas, había cesado. Estaba triste, pero dueño de sus pensamientos y de sus actos. Iba en busca de Devienne, á quien momentos después encontró en un vasto salón transformado en estudio, bocetando una preciosa acuarela.

El lienzo representaba á los Grandes-Duques y á su cosaco decorativo, paseando en coche y á orillas del mar, por entre los alegres ribazos del camino de Honfleur. El estudio, ligero, suave y de un colorido irreprochable, revelaba las cualidades sobresalientes del maestro. Devienne, sin levantarse, tiró su cigarrillo y le alargó la mano al escultor:

— ¿Qué te ocurre á estas horas? — dijo; — ¿buscas testigos?

— No, tranquilízate, yo no me bato. Pero es que me voy después á París, y vengo á almorzar contigo y á despedirme de ti...

— ¡Bien, bien! — dijo Devienne arreglando su caja y sus pinceles. — ¿Ah, conque te vas? ¿De suerte que tu asunto con la duquesa no se ha arreglado?

— Imposible. Hemos tenido una explicación muy seria cuyo resultado es que yo me voy.

— ¡Ah, ah!... ¿De modo que, á pesar de lo que te dije anoche, has metido los pies en el plato?

— Sí, amigo mío, y el plato se ha roto.

— ¿Le propusiste á tu madre que eligiera entre su amigo y tú?

— Justamente. Y no ha dudado. Escogió al amigo.

Devienne se levantó, y dijo sonriendo y dándole á Iliénard un amistoso golpecito en la cabeza:

— ¡Anda, mentecato! ¿Qué se adelanta con aconsejarte? No quisiste hacer caso y has cometido una tontería. Y ahora, ¿cómo la repararás?

— Es irreparable.

— ¿Tan lejos, tan lejos, han ido las cosas?

— Lo más lejos posible. Hasta devolverle el dinero que le pedí y que me hacía falta.

— Ya sabes que estoy á tu disposición.

— Gracias. Ya me las arreglaré, tengo recursos. Y, después de todo, ¿qué? Me resuelvo á cobrar mis trabajos. Ese saco-millones de Oppenheimer me está pidiendo, desde hace mucho tiempo, que le haga unas cariátides, y pagará por ellas lo que yo le pida. Tendrá sus cariátides... Entretanto, venderé unas obligaciones del camino de hierro... La verdad es que todos esos papelotes me estorban grandemente...

— ¿Estás apesadumbrado?

— Sí, mucho.

— ¿Sientes lo que has hecho?

— No; me era imposible proceder de otro modo. He sido hijo irrespetuoso, pero no hijo indiferente.

La indiferencia, dada la situación en que me encontraba, era vergonzosa. El calor de la discusión me impulsó á decir lo que había resuelto callar. Todo eso constituye la lógica de los acontecimientos, de la cual es muy difícil zafarse en un momento dado. Á estas horas, mi madre sabe á qué atenerse; ó Prédalgonde ó yo... Pero eso no me basta, porque no quiero que el causante de mi tristeza triunfe y goce.

— ¿Qué pretendes?

— Desenmascararle, simplemente

— ¡Malo!

— ¿Qué es malo? ¿Ser un pillo, que todo lo disimula y encubre ó un hombre honrado enemigo de las situaciones ambiguas? ¡Pues, me has divertido! ¿Tengo algo que temer? Físicamente, no temo al señor Prédalgonde. Moralmente, menos aún. ¿Pues, y entonces?

— Sí, sin duda... Pero tiene muchos amigos.

— Que no le conocen, que viven á su lado tratándole como generalmente se trata á todo el mundo, contentándose con las apariencias, la amabilidad y las conveniencias usuales, pero sin preocuparse de averiguar lo que ese barniz social puede encubrir. ¿Qué puede exigírsele al individuo que conocemos en una estación balnearia, en un salón ó en una tertulia del círculo? Que tenga un buen sastre, don de gentes y dinero en el bolsillo. Fuera de esto, nada.

El día que yo le arranque la careta á Prédalgonde, nadie le conocerá, porque todas sus amistades son frágiles, por lo mismo que no están cimentadas en nada sólido.

— Tiene otras más serias, más activas, más firmes.

— Que serán sus cómplices.

— Tal vez.

— Volvemos otra vez, querido amigo, á nuestra conversación de anoche, á la entrevista que tuve la vispera con la señora de Sauvelys y, finalmente, á las confesiones que me hizo una bonita muchacha que me quiere bien. Y de todo ello resulta que Prédalgonde es una especie de filibustero que podría figurar en la partida de « los filósofos », y aún peor. Si ese brillante caballero es un Karl Moor, en lucha con la sociedad y viviendo de ella por procedimientos y manejos que calificaré cortesmente de ilícitos, puedes comprender que tengo un interés capital en saberlo, y que lo sabré.

— Mira, te veo metido en una aventura peligrosa. Tengo el presentimiento de que vas á tropezar con gentes muy poderosas. Es indudable que Prédalgonde opera llevando una comparsa á su alrededor, y el más importante de todos, en el que debes fijarte si acaso no lo has hecho, es en su tío; el venerable conde de San-Vicente. Yo, en tu lugar, no me dedicaría á observar á nuestro Rey de París, sino al estudio de sus primeros ministros. Entre éstos, me

parece que el camastrón de San-Vicente es una especie de canciller, y seguramente es más accesible que su soberano, que está prevenido contra ti. Infórmate de ese simpático viejo. Si descubres que es un perfecto bribón, habrás ganado la mitad de la partida, porque, « dime con quién andas y te diré quién eres »... Y si el tío es un pillo, habrá que suponer que el sobrino no es un dechado de virtudes.

— Sí, todo eso que me aconsejas, está muy bien. De todos modos, voy á desaparecer para tranquilizar al enemigo. Me eclipse y en seguida me olvidan. Yo permanezco en París mientras mi madre continúa á orillas del mar, y Prédalgonde se entretiene limpiando bancas. Cuando la estación concluya todo el mundo vuelve, y entonces empiezo yo mis operaciones.

— Perfectamente; eso me agrada. Á fines de mes iré á verte, para que me digas lo que has averiguado. ¿Qué vas á hacer hasta entonces?

— De aquí á allá, casaré á Frégose, y me ocuparé en ganar ciento cincuenta mil francos.

— Querido amigo, tienes para un año, trabajando mucho.

— Pues por un año, así me distraeré.

Devienne cogió su sombrero, sus guantes y su bastón, y exclamó volviéndose hacia su amigo:

— ¡Las doce! Vamos á almorzar. Después te acompañaré á la estación.

VIII

Hiénard estaba en su estudio trabajando afanoso en el bajo relieve que representa *El Invierno* y que ahora adorna la admirable chimenea hecha por él para Oppenheimer, cuando Frégose entró. Hacía tres meses que se había casado con Clementina y, sin embargo, no podía renunciar á su inveterada costumbre de ir todos los días á distraer algunas horas, con Hiénard. Llegaba, estrechaba la mano de su amigo, se quitaba la americana, se vestía una blusa y después de cargar una pipa se ponía á trabajar quitando los lienzos húmedos que envolvían la obra comenzada; porque nunca estaba ocioso y siempre tenía entre manos, un grupo, una figurita ó un jarrón.

Al principio, su mujer quiso demostrarle que, ya que tenía una casa, un hogar, no debía vivir instalado continuamente en el estudio de Hiénard; y, en efecto, Frégose procuró pasarse todo el día en su taller; pero aquello le apenaba, su mano se ponía nerviosa, sus ideas se indisciplinaban y perdía la confianza en sí mismo. Necesitaba el contacto de su